

Del relato al microrrelato: poemas, cuentos y dramas “humanos” según las “virtudes” de algunas protagonistas literarias*

Si de virtudes hablamos, resulta conveniente acudir al relato que enhebraron algunos de nuestros más insignes escritores que configuran la historia de la literatura nacional e internacional. Sus obras destacan por la universalidad y el carácter atemporal de contenidos, modelos vitales para seguir o rechazar.

Empezamos en la Edad Media en el siglo XIV donde ya se atisbaba el humanismo incipiente llegando a Europa. El arcipreste de Hita, intelectual y sabio, observador y fiel espejo de su sociedad se hace eco de esos nuevos aires que cedían paso a la importancia del hombre, a la esencia humana plasmada en su famoso *Libro de Buen Amor*. Y me gustaría destacar las composiciones que dedica a sus famosas serranas, mujeres en transición al renacimiento -hembras montaraces casi asilvestradas, aseguran algunos- cuando lo que hacían era defender su territorio, el de la sierra castellana que las protegía de elementos ajenos: aquellos viajeros que, perdidos por los riscos desconocidos, abrigan descanso del encuentro con ellas.

Y lo que hacían esas féminas hoy se podría entender ni más ni menos que marcar límites de abusos, fijar líneas que no se podían traspasar: la voluntad y la decisión de ellas frente a los desafueros de varones; la dignidad se imponía, la independencia y la decisión personal. Mujeres valerosas. Todas ellas, rudas, serán el antecedente de otras más refinadas y cortesanas como las que “pinta” el Marqués de Santillana: pastoras disfrazadas con atavíos regios sin disimulo del poder que pueden alcanzar mientras cuidaban el ganado en un *locus amoenus* ficticio y literario.

... Todavía siento el frío de aquella tarde. No había viajero que se atreviera a pasar sin darme gusto y en cuanto te vi, me sorprendieron los desgarros de tus conjunciones musculares. Te atrapé con mi labia y compartimos viandas en mi cueva; loba esteparia y montaraz, observé con atenta mirada y lubricante complacencia tus rendijas estriadas que aceleraban mi ritmo cardíaco. Incesantes latidos cordiales que vivieron placer entre tus tendones. Hoy me siguen atrapando en un onanismo plácido, resbaladizo. Vivo atrapada en aquella red envolvente. Ese esqueleto que ya no vislumbro por los caminos que se abren delante de mi puerta. Ninguno como tú; me he quedado colgada de tu complexión. ¡Quién me lo iba a decir a mí! Poderosa en mi naturaleza circundante, dueña y señora de tendones y músculos ajenos, distraídas pasiones y anhelos colmados.

Espero tu abrazo firme y rotundo en mi cuerpo que se abrasa...nunca creí en tus promesas y ahora me consumo, igual que tú en la hondura silenciosa del precipicio.

El microcuento nos invita a recalcar en las “mujeres” quevedescas:

La historia nos ha dejado grandes e ilustres misóginos y conviene recordar a Francisco de Quevedo (al margen de sus rifirrafes con Góngora -competición mutua en el ranquin por el puesto laureado en lides no solo literarias-) insigne polígrafo que amaba y admiraba a la MUJER con mayúsculas, todo los valores y virtudes que se derivan de tal concepto, pero detestaba a las mujeres, concretas, que él tan bien conocía y a las que dedicó no poco tiempo y mucha poesía, acerada y crítica, eso sí. *horrorizadas corretearían aquellas serranillas, tronchadas de la risa se arremangarían las faldas barrocas para enseñar su secreto.*

En el fondo de su obra subyace un deseo, soterrado, aunque no tanto, de darles el lugar que les correspondía, pero pintaban bastos para el universo femenino durante el renacimiento y el barroco. No fue ajeno al valor, fuerza y valentía que caracterizaba a sus mujeres reales y ficticias. Comparte décadas finiseculares con el dramaturgo mercedario, creador del infame don Juan, un burlador de Sevilla, depravado y manipulador que encontró la horma de su zapato con el castigo que mandaban los cánones de la época: las puertas del averno se abren para recibir al impío, mujeriego impenitente que devastó conciencias y confianza femeninas; el público enfebrecido estalla en aplausos, ante un final tan previsible por la hoguera inquisitorial.

Convendría reactualizar a las protagonistas femeninas llenas de valores, virtudes y sobre todo de humanidad, porque de eso se trata, de verlas como personas con sus propias circunstancias y vicisitudes, de “criaturas” creadas por una mente humana. Y en escena doña Inés que le hace la peineta a su don Juan:

¿De verdad pensó que ella lo esperaba? Ni hecha de mármol. Nunca fue pasiva a pesar de los modales de niña bien. Un tipo tan avezado como él, tan guapo, tan fardón, exhibiendo conquistas se tenía que topar con la horma de su zapato. Creyó que podría marcar una nueva muesca en su haber y dio en hueso.

Ella lo toreó haciéndole creer cuánto lo quería y qué feliz se sentía a su lado. Los modales se evaporaron y resultó una loba envuelta en papel de regalo; al deshacer el lazo se dio

de bruces con su minúsculo corazón incapaz de sostener el volcán de una mujer inaccesible para él ni en sus mejores sueños. Él, una lombriz. Ella, una estrella...

A ese fanfarrón (heredero del *miles gloriosus*), remedado en el convulso siglo XIX por José Zorrilla con el título de su homónimo protagonista, la bondad, la generosidad femenina de una doña Inés compasiva y apiadada, lo rescata de las fauces del fuego mortal, para vivir juntos su amor en la eternidad, en el más allá; perdonado por una mujer que se vio vilipendiada y abandonada. El público, de nuevo, aplaude a rabiar la salvación de este juerguista que a veces hasta parece divertido en medio de sus francachelas.

El mismo carácter en la ópera don Giovanni o en Almodóvar con *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, tan famosa y tan de la movida -tengo mis serias dudas de tal etiqueta- que poco trata de mujeres y mucho de don Juan en el personaje de Iván (la etimología es tozuda: Juan) que enloquece con sus mentiras a todas las que rozan su compañía:

"...Iván, me hubiera gustado hablar contigo. Entiendo sin embargo que cada esquema vital atesora ventajas, que no siempre consiguen tapar los innumerables e inseparables impedimentos que las acompañan. Tú y yo lo sabemos: la vida es un espacio en el que estamos por un tiempo escasísimo. Esa circunstancia nos obliga a vivir de la forma menos dañina, tanto para nosotros como para los que nos rodean. Te avisaré pronto..."
¡¡Brígida, vuelve!!

Al compás de valores y virtudes, llegamos al desafuero del militar que violó a Laurencia en *Fuenteovejuna*; su autor, a sabiendas de la que le venía, si ubicaba la fecha en la realidad de su escritura, la retrasó a la época de los Reyes Católicos y así se curó en salud por la reprimenda censoria que le costaría enarbolar la honestidad femenina por encima de la jerarquía social, en unos momentos en que la nobleza hacía prevalecer sus derechos hereditarios y cometía desmanes por doquier. Una Laurencia defendida por los "ovejunos" a los que increpaba pidiendo justicia. ¿A que nos suena?

Y para empezar, ¿para qué nacer siquiera, a sabiendas de que el simple hecho de nacer nos condena automáticamente a morir tarde o temprano?

A tu pregunta "¿para qué?", contesto que es para VIVIR.

Vivir sin algunas experiencias casi ni merece la pena.

Pena y dolor, grito y venganza. Todos a una.

Así, muchas etapas literarias más y muchos más relatos reales y figurados con el devenir de los tiempos: Rosaura, compañera de Segismundo, Doña Paquita dando *El sí de las niñas*, *Pepita* (Jiménez) y su seminarista Luis, o Ana de Ozores entre Víctor Quintanar, su melifluo marido, don Álvaro Mesía (otro donjuán de pacotilla) y don Fermín de Pas el magistral regidor y controlador de mentes aprovechando sus hábitos en Vetusta. De vuelta a Madrid nos topamos con Jacinta frente a Fortunata, apuntando las dos a Juanito Santacruz, ¡¡qué curioso!! ¿Verdad? Tanto Juan en cuentos y narraciones. Hasta llegar a *Yerma* cuyo marido, Juan, la descomponía de rabia e impotencia.

¿Por qué este nombre?, la predilección por tanto Juan en las historias de la Literatura... Juan el Bautista el que bautiza a Jesús, con su agua purificadora permite la entrada en la vida santificada y llama la atención el contraste entre el nombre identificador y el comportamiento vital poco edificante de los donjuanes faranduleros y el lorquiano, escaso de fuerza y ganas por acompañar y compartir el ritmo matrimonial. Legítimo resulta indagar si la ficción, lo imaginado o lo inventado fue antes que las experiencias, los recuerdos y las vivencias. Pues toda esa amalgama configura un universo variopinto y muy atractivo que la pluma de los escritores ha materializado en obras sublimes, imperecederas y modelos de valores: relatos que plasman quejas, encuentros y desavenencias, afanes y dolor, ilusiones y atropellos, amor y tristeza... como en *el gran teatro del mundo* calderoniano, el ser humano se juega mucho en su propio escenario vital; su propia autenticidad, la capacidad de decisión y autonomía sin perder de vista el horizonte. Conocemos tantos y tantos personajes llenos de veleidades y servidumbres, de errores, por qué no, y de grandeza, sin duda. Personas y personajes como en un juego de espejos: escribir y leer para recordar, para estar y para ser.

*Los fragmentos en cursiva son microcuentos de la obra *La trampa de Ariadna*, texto que empleo en mi curso de Lengua y Literatura de la universidad. Y como propuesta en clase, animo a mis estudiantes de Traducción y Comunicación a reinventar a las protagonistas literarias, según parámetros personales y así evitar disuadirles de la lectura, convencida de que hay tantas interpretaciones como ojos que leen; en definitiva, se trata de fomentar la reflexión y el pensamiento crítico.